

HEBE, LA ELEFANTA

Parecería que los elefantes no sólo reconocen un acto de bondad sino que lo recuerdan por varios años. Hebe era una elefanta hermosa y de gran valor que pertenecía a un circo. Se había clavado una astilla en una pata, y estaba furiosamente desesperada por el dolor. El dueño del circo llamó a un veterinario y le rogó que viniera lo más pronto posible.

El Dr. López llegó a los terrenos del circo, y el dueño lo presentó al domador de la elefanta. Los tres hombres se encaminaron al corral donde estaba Hebe.

Escuchemos al mismo veterinario:

-Desde lejos podíamos oír los quejidos tremendos y lastimeros de la elefanta, y cuando llegamos al lugar vimos al animal parado en tres patas, moviendo la pata herida de adelante para atrás y lanzando sus lastimeros lamentos.

-No se acerque -me advirtió el domador-, podría matarlo.

Luego entró al corral y habló con la elefanta. El animal pareció dar muestras de entender el idioma, extraño para mí, en que le hablaba el domador. Luego el domador me llamó:

-Ahora no tenga miedo; Hebe entiende bien.

Me fui acercando con precaución. Los demás hombres del circo se alejaron un poco, pero se detuvieron a cierta distancia. Yo me acerqué más para examinar la pata. Mientras estaba revisándola y tocándola con el mayor cuidado, sentí una ligera presión en mi cabeza.

-No tema -me dijo el domador-; solamente le está peinando el cabello.

-Tengo que hacerle una incisión profunda -previne.

Entonces el hombre dirigió algunas palabras misteriosas al animal, que la bestia pareció entender. Luego me dijo con toda tranquilidad:

-Corte.

Su confianza me animó. Allí estaba él sin ninguna defensa, frente a ese enorme animal con el cual conversaba tranquilamente como si nada notable hubiese sucedido. Entonces le hice una incisión con mi navaja, y sentí que la trompa del animal se apoyaba sobre mi cabeza, aunque no de una manera brusca. Sudé de angustia.

-¿Podré cortar? -pregunté.

-Corte -fue la respuesta.

Abrí el absceso e hice salir el pus. Saqué la espina, lavé la pata y la vendé. El alivio que sintió el animal ha de haber sido inmediato porque las caricias de su trompa fueron más suaves y lanzó, además, un suspiro prolongado muy semejante al humano; pero yo me retiré medio muerto de miedo.

Como año y medio más tarde, llegué a una ciudad donde sabía que estaba el mismo circo. Quise saber qué había sido de mi antigua paciente, y fui a ver al domador.

-Hebe está muy bien, y sana -me dijo el hombre- Venga a verla; estoy seguro que ella tendrá placer en verla a Ud.

-¡Vaya una necesidad! -dije yo, aunque sentí curiosidad de ver si el animal me reconocería.

Entramos en la tienda, y allí estaba la elefanta, muy bien cuidada. Primero me miró con indiferencia, luego fijamente, y por fin mostró algo de interés en mi persona. Acto seguido, extendió su trompa y la apoyó sobre mi hombro; a continuación la colocó sobre mi cabeza y comenzó a acariciarme. Luego, poco a poco, comenzó a levantar la pata que le había curado, ahora enteramente sana, y me la mostró. ¡Hebe no me había olvidado!

Ahora, amiguitos, quiero decirles: Así como Hebe recordó un acto de bondad, seguramente habría recordado otro de crueldad, y podría haberse vengado. Si bien el encontrarnos curando elefantes no es cosa que fácilmente pueda ocurrirnos, no obstante siempre tendremos oportunidades de mostrar bondad hacia los animales. Puede ser que el perrito de un vecino se encuentre acorralado por niños malvados que lo martirizan, y entonces nuestra oportunidad será impedirlo. En caso que tengamos un perrito, o un gatito, o cualquier otro animal como compañero de juegos, debemos tratar de cuidarlo siempre, evitar que se lastime y, por sobre todo, no debemos maltratarlo intencionalmente. Si los amamos y tratamos cariñosamente, los animales serán amigos muy fieles.